

Un regalito de triunfador

Según todas las informaciones que nos llegan, Mario Conde tiene una inteligencia muy por encima de lo normal. Fue número uno de las oposiciones a abogado del Estado, una de las más difíciles que hay en España, y consiguió uno de los primeros números de la historia de las mismas. Vendió *Antibióticos*, la empresa de la que era director general, a una multinacional extranjera y se embolsó varios miles de millones de pesetas en concepto de comisión que, junto con las que consiguió de un préstamo del *Banco Hispano*, invirtió luego en acciones de *Banesto*, del que pronto fue presidente aprovechando magistralmente una OPA que contra dicho banco lanzó el *Banco de Bilbao*.

Ahora que Mario Conde ha sido condenado a 20 años de cárcel, los medios de comunicación vuelven a contarnos su vida y milagros y algunos tertulianos y columnistas se detienen en lo que representó para la España de su época, que a decir de muchos fue la España del pelotazo, esa forma de enriquecimiento fácil que supuestamente premiaba a los más audaces y hábiles de un país de oportunidades tan enormes que cualquiera podía hacerse rico de la noche a la mañana.

A mí de Mario Conde siempre me ha llamado la atención su cinismo. Hasta que comenzó su declive, que culminó cuando el *Banco de España* decidió, el 28 de diciembre de 1993, sustituir a los gestores del banco, tras comprobar la existencia de un quebranto patrimonial de 605.000 millones de pesetas, Mario Conde había sido recibido por el rey y por el papa y obtenido el reconocimiento de numerosas instituciones nacionales e internacionales, como la *Universidad Complutense* de Madrid, que lo nombró doctor honoris causa. Simultáneamente a todo esto, el empresario ejemplar estafaba al banco del que era presidente cargando en su cuenta de resultados maniobras de compra y venta de empresas que finalmente resultaron ser burdas formas de apropiarse de un dinero que no era suyo.

Yo me lo imagino tratándonos a todos de pardillos. Me lo imagino, por ejemplo, dando una conferencia a alumnos embobados por sus maneras de

triunfador, mientras él los mira con atención de actor consumado y piensa ¡serán pardillos, los pobres, pues no que se creen lo que les estoy diciendo! Me lo imagino siendo recibido por el papa, a quien ha dado una sustanciosa limosna con dinero de los accionistas, besándole su mano, ya un punto temblorosa, mientras piensa ¡sí supiera el pardillo éste de dónde ha salido el dinero! Me lo imagino en una audiencia real, estrechando la mano del monarca y pensando ¡este pardillo seguramente me invita a regatear en el *Fortuna*!

De la Rosa, aquel otro truhán del pelotazo, se jactaba en su círculo de amigos de tener comprados a los funcionarios. Mario Conde debía de jactarse ante el espejo: “Espejito, espejito, ¿quién es el más listo del mundo? ¿No es verdad que son todos unos pardillos?”

Esa confianza en sí mismo, enfermiza, sin duda, le hizo creerse capaz de estar por encima no sólo de los tontos, sino de los listos, y no sólo una vez, sino siempre. Tenía esa estupidez última de los que a fuerza de ser inteligentes y arrojados se creen que pueden desafiar contantemente y con total impunidad lo mismo al Estado que a la fuerza de las mareas. Hasta el punto de que, ya caído en desgracia, quiso, utilizando al infeliz de Perote y sus documentos secretos, chantajear al Gobierno en su propio beneficio. E incluso convenció al CDS para presentarse a las elecciones generales, en las que obtuvo poco más de 20.000 votos en toda España, seguramente buscando más los beneficios del aforamiento que la Presidencia del Gobierno, si bien durante sus años de gloria se dejó querer como posible líder de la derecha.

En fin, un regalito de triunfador. Un ejemplo. Al menos un ejemplo de lo ignorantes que pueden llegar a ser algunos tíos listos.

Juan Bosco Castilla